

PÉREZ Y GONZÁLEZ, FELIPE (1854-1910)

¡DOÑA INÉS DEL ALMA MÍA!

Juguete cómico en un acto y en verso

PERSONAJES:

DOÑA INÉS.

DON JUAN.

La escena se supone en Madrid. Época actual

ACTO ÚNICO

Gabinete amueblado con elegancia. Puerta de entrada al foro. Otras dos a derecha e izquierda respectivamente.

Escena I

Al levantarse el telón aparece la escena sola. Pocos momentos después sale DOÑA INÉS por la derecha, mira el reloj y dice:

DOÑA INÉS

Las siete y, según la «Guía»,
debió llegar a las seis.

¿Si no vendrá?... No es posible.

Se habrá retrasado el tren.

¡Claro!... O se habrá adelantado
el reloj... Bien puede ser.

Los trenes y los relojes
pocas veces marchan bien.

(Escuchando.)

Creo que han llamado... No...

Ha sido el deseo y el...

¡Qué ganas tengo de echarle
la vista encima!... No sé

si al tenerle ante mis ojos
me podré al fin contener
y seguir mi plan con calma
y no armarle el gran belén.
¡Grosero!... Decir que yo...
¡Vaya!... ¡Pues mire usted que él!...
Cada vez que lo recuerdo
siento en mis venas arder
la sangre y siento la ira
abrasándome la piel...
(Se sienta.)

Ya hace dos meses... Yo estaba
con mi tío en Aranjuez
y él fue a visitarnos... ¡Ay!
¿Por qué fue?... ¡Vamos a ver!
¿Por qué?... Por mi desventura,
por mi desdicha..., eso es.
Era un buen mozo, de veras,
muy tuno y con mucho aquél...,
es decir, con mucha gracia.
¡Vaya! Un mozo... de chipén,
como él decía, porque era
andaluz... y de Jerez...
¡Para que no fuera pillo
y embustero..., ya ve usted!
A mí... me gustó, es lo cierto;
y yo... también le gusté
-eso siempre se conoce-,
mas, por artes de Luzbel,
yo, que nunca he sido tonta
ni pazguata, aunque me esté
mal el decirlo, sentía
tan extraña timidez
y una turbación tan rara
siempre que hablaba con él,
que no acertaba a decir
más que... sí..., no..., ¡vaya! y... ¡pues!
Él se reía, y mi tío
se reía, y yo también
-aunque tenía unas ganas
de llorar, que yo lo sé-
me reía... De manera
que así, en vez de hablar y en vez
de entendernos, como tontos
nos reíamos los tres.
A los cuatro o cinco días

ya no volvió a aparecer,
y para justificarse
mandó a mi tío un papel
diciéndole: «Su sobrina
no me sirve»... ¡Habrá soez!
«Su persona me ha gustado,
sin guasa ni bulipén,
porque como guapa... es guapa,
desde el pelo hasta los pies,
pero es... -suda al recordarlo-
es... es... -¡vaya, lo diré!-
es... ¡tonta de capirote!».
¿Yo de capirote..., eh?
«Si tiene usted otra sobrina
tan guapa, avíseme usted,
si es una mujer con gracia,
de las que saben querer,
y si no es muda... ni... tonta
de capirote»... ¡Otra vez!
Cuando yo leí esa carta
insolente y descortés,
si le cojo allí... se deja
entre mis uñas la piel...
¡Yo tonta... y de capirote!
(Levantándose.)
¡¡De capirote!!... Eso fue
lo que me cargó... Eso pide
castigo... y lo ha de tener...
Mi tío escribió otra carta,
que yo misma le dicté,
diciéndole: «Amigo mío,
Inesita tiene tres
hermanas tan parecidas
de cara y de cuerpo, que
aun yo mismo las confundo
como calladas estén.
En cambio, si hablan no hay medio
de equivocarse, porque
son los tipos más distintos
que puede usted suponer.
Véngase, pues, por aquí,
que aunque no le guste Inés,
si de ésta no emparentamos
ni se rinde de una vez,
le declararé... imposible,
per omnia saecula. Amen».

Hasta en latín hablo yo
cuando estoy tragando hiel.
La carta ha surtido efecto
y el pobre cayó en la red.
No sabe lo que le espera...
Ha de sudar tinta y pez,
y ha de confesar su falta,
y ha de llorar su desdén,
y ha de retirar su insulto,
y ha de purgar su altivez,
y ha de pedirme perdón,
y ha de ponerse a mis pies
arrepentido y contrito
y entonando el «yo pequé»,
¡y ha de llevar calabazas
morrocotudas después!
¡Caramba que si las lleva,
como cuatro y dos son seis!
Por fatuo, por insolente,
por voluble, por infiel,
por embustero... ¡Ah! Y por tonto
de capirote, también.

(Suenan las campanillas dentro, foro izquierda.)

Llaman... ¿Si será...? ¡Por fin!
(Asomándose a la puerta del foro.)
Ya entró..., ya se acerca..., ¡es él!
¿Decía que yo era muda?...
Ahora voy a hablar por diez.

Escena II

DOÑA INÉS y DON JUAN por el foro en traje de camino: lleva cartera de viaje, un pequeño maletín y una manta con correas. Tipo andaluz.

DON JUAN
(Saludándola al entrar.)
¡Inés!...

DOÑA INÉS
Caballero,
pase usted adelante...
Inés no está en casa,

mas vendrá al instante.
Hace ya una hora
salió con el tío...
¿Usted será acaso...?
¿Sí?... Muy señor mío...
Como tantas veces
de usted han hablado,
apenas le he visto
me lo he figurado...

DON JUAN

Yo...

DOÑA INÉS (Interrumpiéndole.)

¿Me ha confundido?
¡Ay, qué gracia tiene!...
Pero no es extraño...
Yo me llamo Irene.
Todas las hermanas
en lances nos vemos
así, por lo mucho
que nos parecemos.

DON JUAN

Ya he sabido...

DOÑA INÉS (Como antes.)

¡Vamos!
Conque, al cabo, vino...
¿Y qué tal el viaje?
¿Qué tal el camino?
Mucho polvo... ¡Vaya!
Mucho calor... ¡Justo!
Viajar en verano
no es cosa de gusto...
Vendrá usted rendido,
molesto, cansado,
y yo..., ¡qué aturdida!,
no haber reparado...
Pero la sorpresa
del primer momento...
Deje usted esos chismes...
Tome usted asiento...
Van a sentir mucho
no hallarse ahora en casa...
y eso que sabían...

Pero es lo que pasa...
Siempre hay circunstancias
que son fortuitas.
Ya ve usted... Han tenido
que hacer tres visitas.
Han ido hoy a casa
de doña Tadea,
que es una señora
que es bastante fea,
con unas narices
como un cucurucho
y un ojo torcido
que le llora mucho.
Es una jamona
que la edad consume,
pero usted no sabe
lo que ella presume.
En lazos y en moños
gasta más que siete,
y lleva postizos
y usa colorete;
pero, pretendiendo
parecer muchacha,
se pone lo mismo
que una remolacha.
¡Lo que se compone!...
Pero igual se queda,
pues aunque la mona
se vista de seda...
Y si usted la viera...
Lleva un lujo asiático,
pero en ella es todo
cursi y antipático...,
pues no hay ningún filtro
que ya la remoce...
Yo la quiero mucho...

DON JUAN
Sí..., ya se conoce.

DOÑA INÉS
Pues desde allí iban
a ver a Isidora,
que es la criatura
más murmuradora...
No sabe usted, joven,

lo que a mí me carga...
No hay genio más malo,
ni hay lengua más larga...
Todo lo critica,
todo lo censura,
de todo habla pestes,
de todo murmura...
En todo ve falta
y encuentra defecto
y nada cree santo
ni juzga perfecto.
Y eso que ella es una...
No es por ofenderla,
mas no tiene el diablo
por donde cogerla...
Estuvo casada
con un subteniente,
que ya hace dos años
murió de repente.
Pues bien, todo el mundo
dice que la cosa
fue por un berrinche
que le dio su esposa,
y todo por causa
de un sietemesino,
y si hubo o no hubo,
y si fue o si vino...
Yo sospecho que eso
son suposiciones,
porque a mí me cargan
las murmuraciones.
Yo no soy como ella...
No, de ningún modo...
Digo, una persona
que habla mal de todo
y no deja amiga
que ella no destroce...
Yo la quiero mucho...

DON JUAN
Sí..., ya se conoce...

DOÑA INÉS
Pues luego...

DON JUAN

Señora...

DOÑA INÉS

Iban a ir a casa...

DON JUAN

Si usted permitiera...

DOÑA INÉS

De doña Tomasa...

DON JUAN

Yo desearía...

DOÑA INÉS

Que es una señora
lo más bachillera,
lo más habladora...

DON JUAN

Es que yo...

DOÑA INÉS

Con ella
no tengo cachaza
porque, hablando, a nadie
deja meter baza.

DON JUAN

Yo digo...

DOÑA INÉS

Y el caso
es que ella no es lerda,
pero si parece
que le han dado cuerda...
No hay cuando ella empieza
modo de pararla.
¡Qué hablar tan sin tino!
¡Qué lengua! ¡Qué charla!
Ella habla de todo
y habla más que cuatro,
del tiempo, de modas,
de toros, de teatro,
de fiestas, de duelos,
de trajes, de flores,

de letras, de ciencias,
de niñas, de amores,
de rezos, de baños,
del mar, del paseo,
y de esto y de lo otro...
¡Jesús, qué mareo!
A mí, lo aseguro,
me aturde, me excita,
me abruma, me carga,
me altera, me irrita,
me turba, me agobia,
me saca de quicio
y, a veces, me hace
que pierda el juicio...

DON JUAN
Señora...

DOÑA INÉS
Es cargante...

DON JUAN
Que el cielo me acuda...

DOÑA INÉS
(Veremos si ahora
dice que soy muda...)

DON JUAN
Pues yo...

DOÑA INÉS Aunque estas faltas
sencillas le pongo...

DON JUAN La quiere usted mucho,
sí, ya lo supongo.
Pare usted esa charla,
que ya da quebrantos,
por Dios y la Virgen
y todos los santos.

DOÑA INÉS
Mas...

DON JUAN
Ya me marea
tanto hablar, señora...

DOÑA INÉS
¡Jesús! Pues no dice
que soy habladora...
¡Oh, qué horrendo ultraje!
¡Qué insulto grosero!
Nunca lo esperara
de tal caballero.

DON JUAN
Mas, por Dios, Irene...

DOÑA INÉS
La disculpa es vana.

DON JUAN
Es que yo...

DOÑA INÉS
Decirme
que soy charlatana...
Lo sabrá mi tío...

DON JUAN
Y ésta es otra historia...

DOÑA INÉS
¡Vaya usted al infierno!

DON JUAN
¡Vaya usted a la gloria!

(Vase DOÑA INÉS precipitadamente por la derecha.)

Escena III

DON JUAN solo. Al salir DOÑA INÉS se deja caer en una butaca haciéndose aire con el pañuelo.

DON JUAN ¡Jesús, María y José!
¡Cuánto hablar! ¡Y qué franqueza!

Me ha dejado que ni sé
dónde tengo la cabeza..
Mire usted que yo... confieso
que charlo más que cualquiera...
Pero, señores, si eso
es una devanadera...
No se puede resistir...
Y a mí me cargaba Inés
porque no la oí decir
más que sí..., no..., ¡vaya! y... ¡pues!
Confieso mi error ahora,
que es preferible sin duda
a mujer tan habladora
una muda y... retemuda...
Si otra vez a hablarme viene,
no me ven aquí jamás...
¡Caracoles con Irene!
¿Serán así las demás?
No es posible... No lo es...

(Se levanta y da algunos pasos vacilando, como mareado.)

¡Digo! Aún estoy aturdido...
Y es muy natural... Después
del viaje que yo he traído...
Cuando en el vagón subí,
conmigo entraron también
dos, y dije para mí:
«¡Dos nada más!... ¡Vamos bien!».
¡Qué pareja!... Ni buscada...
Eran tipos de sainete.
La mujer, larga y delgada,
y él, bajito y regordete.
Ella, con genio del diantre,
y él, chillón como una rata...
Ella, con voz de sochantre,
y él, de tiple desfogata...
Ya, por lo visto, venían
de riña cuando llegaron...
¡Y qué cosas se decían!
¡Y qué cosas se sacaron!
En medio de su furor
dijo él, fijándose en mí:

(Haciendo las diferentes voces para imitar el diálogo.)

- Pues que lo diga el señor...
- Bueno, que lo diga, sí...
- Quien tiene razón. - No sé.
- De fijo dice que yo.
- Ay, como lo diga usted.
- Ay, como diga que no.
- Dirá que tú estás demente.
- O dirá que estás borracho.
- ¡Mala pécora! - ¡Insolente!
- ¡Deslenguada! - ¡Mamarracho!

Oyéndose así insultar,
él levanta airado el brazo,
yo lo quiero sujetar
y me llevo yo el porrazo.
Ella entonces arremete,
yo intento calmar su enojo,
y ciega de ira me mete
el antucás por un ojo.
Doy vueltas atolondrado
y como el que está en un potro,
y él empuja por un lado
y ella aprieta por el otro...
Y allí, por ser mediador,
me asesinan a cachetes...
si no llega el revisor
a pedirnos los billetes.
Puestos en calma, por fin,
cesó su riña y mi apuro...
La mujer sacó El Motín
y él sacó El Siglo Futuro.
Y está claro, ya rendidos
se estuvieron sosegados
y se quedaron dormidos
como bienaventurados.
Yo dije al verlos así:
«Ahora me van a dejar
descansar»... Pero, ¡ay de mí!,
se pusieron a roncar...
¡A roncar! ¡Dios soberano!
¡Qué roncar tan tremebundo!
Él roncaba de soprano...
y ella... de bajo profundo...
(Imita los dos ronquidos.)
Y con paciencia increíble,
lleno de resignación,
soporté aquel dúo horrible

de flautín y de trombón.
Por fin, Dios oyó mi queja,
que no fue mi ruego vano,
y quedó aquella pareja
peleando en Vadollano.
Pero como si mi estrella
fuera el ser infortunado,
por un lado salió aquélla...
y otra entró por otro lado.
¡Vaya otro par! Ni el demonio
los pudiera tolerar...
¡Como que era un matrimonio
acabado de pescar!
¡Qué suspiros tan melosos!
¡Qué vocablos tan bonitos!
¡Qué requeteempalagosos
estaban los angelitos!
Él, absorto y embobado,
ella, tierna y derretida...
y yo..., ¡vamos!, no he pasado
rato más malo en mi vida.

(Se sienta.)

Se miraban... cual si fueran
con los ojos a tragarse.
¡Y menos mal si se hubieran
contentado con mirarse!
¡Pero ca!... Sin reparar
en que estaba yo presente
se empezaron a arrullar
de la manera siguiente:

(Imitando las dos voces.)

- ¿Me quieres? - Mucho. - Mi bien,
con cuánto placer te escucho...
¿Y tú a mí? - Mucho también...
- ¿Mucho? - Mucho. - ¿Mucho? - Mucho.
- ¿Conque me quieres? - ¡Que sí!
¿Y tú a mí? - Yo, más que tú.
- ¡Ay, qué rica eres, Bibí!
- ¡Ay, qué mono eres, Cucú!

Después, ya por la mañana,
aclaré tanto dislate:
la mujer era Bibi... ana
y el marido Cucu... fate.
Ella decía: «Estoy loca».
Y él: «A mí me falta poco.
¡Bendita sea esa boca!».

- ¿Loca? - ¡Loca! ¿Loco? - ¡Loco!

La mujer: «¡Dicha infinita!».

El marido: «¡Amor bendito!».

La mujer: «Yo estoy loquita».

El marido: «Y yo loquito».

(Se levanta.)

Yo estaba loco también,
cansado de mirar cerros,
porque entonces iba el tren
cruzando Despeñaperros.
Ellos, siempre derretidos,
yo, ¡pasando unos sudores!
Y ocho túneles seguidos...,
¡que son túneles, señores!
Me parece que aún los miro...
¡Vaya un rato! Con franqueza,
si hay otro túnel..., me tiro
al terraplén de cabeza.
¡Uf! Un mimo como aquel
no se sufre con sosiego...
Ya no era luna de miel...
¡sino de arrope manchego!
Malo era el par anterior
con aquel genio del mengue,
pero el otro era peor
con su mimo y con su dengue.
Nada, declaro imposible,
desde luego, para esposa
a toda mujer terrible
y a toda mujer mimosa.
Ninguna podrá conmigo,
aunque sea una deidad.

(Suena un tiro dentro, foro derecha.)

¡Caracoles!

DOÑA INÉS

(Saliendo por el foro, de hombre, con pantalón negro, batín y fez. Saca un revólver en la mano.)

¡Hola, amigo!

¡Salud y fraternidad!

Escena IV

DON JUAN y DOÑA INÉS, por el foro.

DON JUAN

¡Vaya un mozo campechano!
¿Conque, además de sus tres
hermanas, también Inés
tiene un hermano?

DOÑA INÉS

¿Qué hermano?

DON JUAN

Usted. Es cosa segura
y basta verle la cara...

DOÑA INÉS

Yo soy mujer...

DON JUAN

¿Eh?

DOÑA INÉS

Soy Clara.

DON JUAN

¿Clara? ¡Quia! Bastante obscura.

DOÑA INÉS

¡Vamos! ¿Acaso le asusto?

DON JUAN

No..., mas justo es que me asombre
al verla vestida de hombre.

DOÑA INÉS

¿Qué quiere usted? Es mi gusto.
El femenil atavío
mi genio a la fuerza pasa,
y así, para andar por casa
uso la ropa del tío.
¿No conoce usted -¡inocente!-
a Jorge Sand?

DON JUAN

Hasta ahora...

DOÑA INÉS
(Muy marcado.)
A Jorge... Sand...

DON JUAN No, señora...
A San... Jorge... únicamente.

DOÑA INÉS
Es usted un ignorante.

DON JUAN
No le diré a usted que no...

DOÑA INÉS
Mi hermana Irene me vio
al entrar hace un instante
y me dijo: «Ya el mancebo
vino de Jerez». ¡Pardiez!,
dije, ¿vino de Jerez?
¡Pues entonces me lo bebo!

DON JUAN
(¡Esta chica está demente!)

DOÑA INÉS
Yo soy así...

DON JUAN
Ya lo veo.

DOÑA INÉS
Hago sólo mi deseo
y me va perfectamente.
¿Usted es mi amigo?

DON JUAN
Presumo...

DOÑA INÉS
Entonces... venga esa mano.
Le doy a usted un habano.

DON JUAN
Muchas gracias, yo no fumo.

DOÑA INÉS

¿Me toma usted por un trasto?
Entonces tomo otro giro
y le doy a usted un tiro...

DON JUAN

Gracias, tampoco lo gasto.

DOÑA INÉS

¡La mujer! ¿Qué es la mujer?

DON JUAN

Hija, si usted no lo sabe...

DOÑA INÉS

¿Me dejará usted que acabe?
Pues la mujer es un ser
cuya fatal condición
me causa horror y tristeza.
Débil por naturaleza,
débil por educación.
¿Qué es el hombre?

DON JUAN

Pues...

DOÑA INÉS

(Interrumpiéndole.)

Un ente
feroz, grosero, inhumano;
un verdugo y un tirano...,
mejorando lo presente.

DON JUAN

Muchas gracias.

DOÑA INÉS

No hay de qué.
Digo siempre lo que creo,
con franqueza.

DON JUAN

Ya lo veo...

DOÑA INÉS

Y soy Clara...

DON JUAN

Ya se ve.

DOÑA INÉS

Pues bien..., hay que hacer de suerte
que esto cambie hasta de nombre
y que el débil sea el hombre
y la mujer sea la fuerte.
Es preciso, es menester
que esos señores nos teman
y que llegue, al fin, la eman-
cipación de la mujer.

(DON JUAN procura contener la risa llevándose el pañuelo a la boca.)

Me agrada que esto le asombre.
¿Se estremece usted? ¿Se asusta?
¿Tiembla y llora? Eso me gusta.
Así debe ser el hombre.
Criatura débil, sumisa,
que hasta llora... porque ahora
usted llora...

DON JUAN

Sí, señora:
estoy llorando... de risa.

DOÑA INÉS

Alarde pueril, bellaco,
de ficticia fortaleza...
¿A qué ocultar su flaqueza?

DON JUAN

¡Si no oculto que estoy flaco!
Es cosa que está a la vista...

DOÑA INÉS

¿A qué ha venido usted aquí?

DON JUAN

Pues yo...

DOÑA INÉS

¡Lo sé todo!

DON JUAN

¿Sí?

DOÑA INÉS

Viene usted a hacer mi conquista.

Ya me lo ha dicho mi tío.

Pues bien, antes de seguir
hablando del porvenir,

óigame usted, señor mío.

La mujer, si está soltera,

vive siempre esclavizada

porque ni la más menguada

libertad se le tolera.

En una eterna inquietud

la vida insufrible pasa,

hasta que un día se casa...

¡y sigue la esclavitud!

Logrando sólo alcanzar

esa libertad que ansía

un día... ¡El dichoso día

en que llega a enviudar!

Una viuda, no hay duda,

tiene libertad completa

y hace aquello que le peta...

Conviene, pues, ser viuda.

Así, aunque me causa horror

el yugo matrimonial,

a su pretensión formal

accedo...

DON JUAN

Mas...

DOÑA INÉS Sí, señor.

Usted, pálido, flacucho,

¡francamente!, me conviene,

porque usted, amigo, no tiene

la cara de vivir mucho.

DON JUAN

¡Cuerno!

DOÑA INÉS

Yo hallo, sin falacias,

la libertad pretendida.

Usted pasa a mejor vida
y yo también...

DON JUAN

Muchas gracias.

(Está loca de remate.)

DOÑA INÉS

Conformes en este punto;

ahora hablemos de otro asunto

que es preciso que se trate.

(Le invita a sentarse y se sientan los dos.)

Casados...

DON JUAN

¡Líbreme Dios!

DOÑA INÉS

Y antes de yo enviudar,

es claro que ha de pasar

un mes...

DON JUAN

¿Eh?

DOÑA INÉS

Pongamos dos.

DON JUAN

¡Canastos!

DOÑA INÉS

El trato es trato...

DON JUAN

Pero, joven, eso es...

DOÑA INÉS

Como llegue usted a tres
sin haber muerto..., lo mato.

Pues bien, en esos tres meses
que le dejaré vivir

yo no tendré que sufrir
exigencias ni reveses.

Tendré entera libertad,
una ley será mi dicho

y haré en todo mi capricho
y mi santa voluntad.
No oiré la palabra «no»
y en todas las ocasiones
llevaré los pantalones.

DON JUAN

¡Justo! Y las enaguas yo.
Pues a esas genialidades
ya mi oposición declaro...
Si usted es clara, seré claro,
¡y vaya de claridades!
Usted no me sirve a mí...
(Levantándose.)

DOÑA INÉS

(Levantándose.)
Pero...

DON JUAN

Como usted lo oyó...
Y cuando yo diga no,
no hay quien me haga decir sí.
No quiero mujer que ruja
y me amenace y me veje,
y en vez de aguja maneje
por gusto fusil de aguja;
que gaste ese sans façon
y me quiera someter
y hasta pegarme..., a no ser
que me pegue... algún botón:
que echando baladronadas,
el coser impropio crea,
y que si me cose... sea
cosiéndome a puñaladas.
No, yo quiero una mujer
prudente, dulce, amorosa,
tímida, débil, graciosa...
¡En fin, como debe ser!
De sencilla condición,
que corresponda a mi afán
y que sepa hacer un flan
y se asuste de un ratón,
que cuide a los chiquitines,
no ponga a su afecto tasa
y sepa arreglar la casa

y zurcir los calcetines,
que por mí se afane y vele,
con su honor mi honor escude,
y en mis trabajos me ayude
y en mis penas me consuele.
Quiero, para concluir,
esposa al deber atenta,
quiero una mujer que sienta,
no que me dé que sentir.
Y pues hablé sin empacho,
ya usted debe comprender
que yo busco una mujer...
y no busco un marimacho.

DOÑA INÉS
¿Concluyó usted?

DON JUAN
Concluí.

DOÑA INÉS
¿Tiene más que hablar?

DON JUAN
No, a fe.

DOÑA INÉS
Pues ahora escúcheme usted,
porque ahora me toca a mí.
Oí su discurso vano,
«y ni aún sé cómo he tenido
calma para haberle oído
sin asentarle la mano».

DON JUAN
¡Caracoles!

DOÑA INÉS
Desde ahora
seremos dos enemigos...
Puede usted buscar testigos...
Sitio y armas, día y hora.

DON JUAN
¡Un duelo!... ¡Bonito alarde!

DOÑA INÉS

¿Tiene usted miedo?

DON JUAN (Riendo.)

Cerval...

DOÑA INÉS

Al fin, hombre, y como tal,
tras de insolente, cobarde.

DON JUAN

Mas...

DOÑA INÉS

Blasona de poder
y de fuerza y de valor,
y huye, en un lance de honor,
delante de una mujer.

No me extraña que se asombre...
si de mi reto se asusta.

Al contrario, eso me gusta.

¡Así debe ser el hombre!

Me encanta su turbación
y admiro su timidez...

¡Ah, pobrecillo! Tal vez
le conceda mi perdón,
si se humilla y se arrepiente...

Ya nos veremos más tarde...

Quede usted con Dios..., ¡cobarde!

(Vase por la derecha haciendo un mohín despreciativo.)

DON JUAN

Vaya usted con Dios..., ¡valiente!

Escena V

DON JUAN, solo.

DON JUAN

¡Ea! A recoger los bártulos
y al tren en seguida, al tren...

Y si ahora no salen trenes,
no importa, me voy a pie,

porque ya estoy deseando
verme otra vez en Jerez...
Yo he debido equivocarme,
¡claro que me equivoqué!,
y en vez de entrar en Madrid
me he metido en Leganés...
Lo malo es que me parece
que ya estoy loco también...
¡Digo! Si un loco hace ciento,
¿qué había de suceder
tropezando con dos locas?
¡Pues eso, que me chiflé!
Y el caso es que son bonitas,
más que dos onzas del rey
Carlos tercero. ¡Está claro!
¡Si son lo mismo que Inés!
¡Oh! Pero Inés vale más...
Es que yo no me fijé...
La pobre nunca decía
más que sí, no, ¡vaya! y ¡pues!,
pero era la cortedad
natural, la timidez...
Timidez, que es el encanto
principal de la mujer...
Al dejarla, ¿en qué estaría
yo pensando?... No lo sé...
Los hombres somos así:
no sabemos ni escoger...
y nos pasamos la vida
con notoria estupidez,
unas veces en belenes...
y otras veces... en Belén.
Yo he tenido muchas novias...,
treinta y dos... o treinta y tres
o treinta y cuatro... o quizás
treinta y cinco o treinta y seis...
En fin, ¡muchas! Altas, bajas,
de buen ver y de mal ver,
gordas y flacas, morenas
y rubias, y alguna vez
castañas..., aunque castañas
casi siempre me llevé.
(Pausa.)
Mi primer novia fue una
señorita de Jaén...
Aún recuerdo aquel ronquido

que me llegó a enloquecer:

- ¿Me quieres, mi vida?

(Ronquido.)

- Mucho.

- ¿Serás fiel siempre?

(Ronquido.)

- Seré.

- ¿Podrás olvidarme?

(Ronquido.)

- Nunca.

Y me dejó al medio mes

por un gangoso que era
hombre de mucho parné.

Porque es lo que ella me dijo:

(Ronquido.)

«Es gangoso, pero es...

una ganga»... ¡Pobrecilla!

(Hace un ronquido muy largo y expresivo, como de suspirar.)

Nunca olvidarla podré.

Luego hablé con otra joven

malagueña..., una mujer

no de pe y pe y doble u...,

sino de ochocientas pes

y de novecientas ues,

con una boquita que

ni las bocas de la Isla

son más saladas; la tez

lo mismo que el terciopelo...

y el pelo... ¡qué pelo aquel!

Y con dos ojos que eran

cañones de a treinta y seis

soltando siempre metralla...

Cuando por primera vez

ella abrió los ojos, hubo

eclipse total, porque

el sol... se tapó la cara

por no hacer un mal papel.

Desde entonces tiene el sol

esas manchas que le ven,

y que ¡es claro! le salieron

después del berrinche aquel...

Pues ésa me abandonó

por el chato de Belmez,

que era un cantaor flamenco

más feo que el no tener

y que daba unos jipíos

que parecía un chusquel
de ésos que anuncian que hay uno
ya con las de beribén...

(Parodia los jipíos de los cantaores, imitando el aullido de un perro.)

Un perro anunciando muerte,
para hablar claro... Después
tuve otra novia extremeña
que era toda candidez...

Sus padres no me querían,
¡vaya usted a saber por qué!,
pero ella decía a todos:

«Aunque se oponga Luzbel,
tendré ese novio y tres más».

Y era verdad, ¡ya se ve!,
porque la inocente hablaba
conmigo... y con otros tres.

Por fin, entre tantas novias
como tuve, no encontré
ninguna que me causara
la grata impresión que Inés
cuando la vi, hace dos meses,
con su tío en Aranjuez...

A no haber sido tan... muda,
me hace que caiga en la red...
Nunca habló de sus hermanas,
verdad que apenas logré
oírle algún monosílabo...

Mas comprendo que hizo bien,
porque ¡vaya un par de niñas
las que hoy he visto!... Tal vez
no será así la que aún
me queda por conocer...

o quizás será peor...

¡Nada! ¡Al tren, Juanito, al tren!

(Pausa.)

Y si me marchó sin verla,
¿no será una insensatez
haber hecho este viaje,
haber llegado y haber
sufrido a esas dos... y luego
irme huyendo de la que
acaso hiciera mi dicha
y quizás fuera mi bien?...

¡Vaya! Perdido por ciento,
perdido por mil... ¡A ver!

(Gritando y dirigiéndose a la derecha.)

Que me traigan la que falta
que yo la vea, y si es
una mujer de mi gusto...,
¡me caso en un santiamén!

Escena VI

DON JUAN y DOÑA INÉS, de chula elegante por la izquierda.

DOÑA INÉS (Saliendo.)
¿Quién da esas voces?

DON JUAN (Yendo hacia ella.)
¡Inés!

DOÑA INÉS
No, hijo mío, va usted mal...
Soy Soledad...

DON JUAN
¿Usted es...?
(¡Pues también ésta es igual!)

DOÑA INÉS
¿Usted será el forastero
que hoy esperaba mi tío?...
Tanto gusto, caballero...
(Le da la mano.)

DON JUAN
El gusto es mío...

DOÑA INÉS
No, es mío...
Sé, con gratitud inmensa,
a lo que usted viene aquí
y la honra que nos dispensa
al haber pensado en mí.

DON JUAN
Yo soy el honrado en todo...

DOÑA INÉS

¡Oh! La honrada soy yo...

DON JUAN

¡Nada!

Eso no..., de ningún modo...

DOÑA INÉS

¿Cómo que no soy honrada?

DON JUAN

Digo... sí... ¡Qué atolondrado!

Es que estaba distraído...

DOÑA INÉS

¿Se distrae usted a mi lado?

DON JUAN

No..., sí... (¡Ya estoy aturdido!)

DOÑA INÉS

Pues, hijo, en esta ocasión
su distracción es grosera...
y yo quiero distracción,
pero no de esa manera.
Si accedo a ser su mujer
es porque he de conseguir
que usted me ha de distraer
y que me ha de divertir...,
que siempre tendré alegrías...,
buenos trenes..., buenos coches...
y fiestas todos los días...
y bailes todas las noches...,
que en casa nunca tendremos
tristezas ni aire solemne,
pero, en cambio, viviremos
en una juerga perenne.
Yo soy así...

DON JUAN

Ya lo veo...

DOÑA INÉS

Muy alegre y campechana,
muy amiga de jaleo
y de broma y de jarana...
Lo flamenco es mi ilusión,

y me encanta y maravilla,
porque mis delirios son
el cante y la manzanilla.

DON JUAN

¿Sí?

DOÑA INÉS

Me gusta tan de veras,
que cuando nos una Dios
¡verá usted qué filoxeras
vamos a coger los dos!

DON JUAN

¡Caracoles!

DOÑA INÉS

Está bien...

DON JUAN

(¡Ésta tiene tres bemoles!)

DOÑA INÉS

Con manzanilla también
me gustan los caracoles...

DON JUAN

(Pues ésta es la más guillada
y el demonio que la aguante...)

DOÑA INÉS

Y no le digo a usted nada
de lo relativo al cante.
No está bien si una se alaba,
mas cuando me oiga cantar...
se le cae a usted la baba
sin poderlo remediar...
Por eso esté usted tranquilo,
porque, amigo, tengo yo
mucho gracia y mucho estilo...

DON JUAN

¿Y la abuela?

DOÑA INÉS

Se murió...

¡Ah! Se me olvidaba ya
otra de mis aficiones...

DON JUAN
(¡Otra afición! ¿Cuál será?)

DOÑA INÉS
La afición a los pitones...

DON JUAN
¡Cuerno!

DOÑA INÉS
Por ellos me muero...
Es una debilidad...

DON JUAN
¡Caramba!

DOÑA INÉS
Y cualquier torero
me gusta una atrocidad...
Y aunque a usted no le convenga,
como Dios nos dé algún hijo,
al primer hijo que tenga
le he de poner Lagartijo...

DON JUAN
Eso el corazón ensancha...

DOÑA INÉS
Es una promesa hecha...
Y al segundo, Cara-ancha.

DON JUAN
Pero, ¿y si la tiene estrecha?

DOÑA INÉS
Cuando a usted me encuentre unida,
sabiendo ya que me agrada,
no perderé una corrida
en toda la temporada...
Y hasta en casa jugaremos
al toro...

DON JUAN

(¡Quién tal oyó!)

DOÑA INÉS

¡Y cómo nos reiremos!...

Usted será el toro...

DON JUAN

No...

Yo ahora mismo tomo el tren
y no vuelvo por aquí...

DOÑA INÉS

Mas...

DON JUAN

Que usted lo pase bien.

Puede usted decirlo así.

No quiero a ninguna hermana,
que a todas renuncio y tacho.

A Irene por charlatana,

a Clara por marimacho,

a usted por su genio, que es

para que uno se alborote...

Y, aun siendo mejor, a Inés...

¡por tonta de capirote!

DOÑA INÉS

¿Yo tonta?... En cólera monto...

¿Yo de capirote?...

DON JUAN

(Aturdido y sin comprender.)

¿Eh?

DOÑA INÉS

¡Basta de farsas!... El tonto

de capirote... ¡es usted!

DON JUAN

(Como antes.)

Pero...

DOÑA INÉS

Salga de su duda,

no hay más hermana que yo,

que no soy tonta... ni muda

ni Cristo que lo fundó...

DON JUAN

¡Demonio! Luego usted era...
La burla ha sido pesada...
Si esto hace usted de soltera,
¿qué iba usted a hacer de casada?
Que es actriz me ha demostrado,
y actriz muy buena además,
pero, hija, eso me ha escamado
mucho, muchísimo más...
Y ahora yo preferiría
a aquella tímida Inés,
aquella que no decía
más que sí, no, ¡vaya! y ¡pues!

DOÑA INÉS

Pues usted la causa ha sido
de esta absurda variación,
usted es quien me ha impelido
para darle una lección.
Siempre el hombre es quien resbala,
y así a la mujer condena;
cuando es buena, la hace mala,
y luego la quiere buena...

DON JUAN

Tiene usted mucha razón...
Confieso mi estupidez
y no merezco perdón...
¡Abur! Me vuelvo a Jerez.
(Recoge sus trebejos y vase corriendo por el foro.)

Escena VII

DOÑA INÉS, a poco DON JUAN.

DOÑA INÉS

(Después de una larga pausa, mirando con sentimiento a la puerta del foro.)
Cuando le iba a perdonar
se ha marchado el muy cruel.

(DON JUAN vuelve a entrar muy despacio y como buscando algo por el suelo.)

(¿Quién entra?... ¡Vamos!... ¡Es él!...
¡Aún podemos esperar!...)
¿Usted otra vez?...

DON JUAN
Yo... sí...
(Sigue buscando.)

DOÑA INÉS
¿Qué busca usted todavía?

DON JUAN
Un corazón que traía...
y que me he dejado aquí...

DOÑA INÉS
¡Usted! ¡Ca! No puede ser.

DON JUAN
Lo traje..., puedo jurarlo...
Y hasta que logre encontrarlo
de aquí no me he de mover.

DOÑA INÉS
¿Es cierto?...

DON JUAN
Soy andaluz...

DOÑA INÉS
No es un dato muy seguro...
¿Lo jura usted?

DON JUAN
(Arrodillándose.)
Se lo juro...
¡Y de rodillas... y en cruz!

DOÑA INÉS
Ahora... su torpeza note,
pues mi absolución le doy
y diga: - Yo soy...

DON JUAN
Yo soy...

DOÑA INÉS

Un tonto...

DON JUAN

¡De capirote!

DOÑA INÉS

¡Justo! Pues no reparaba
en su necia ofuscación
que al dejarse el corazón
otro, en cambio, se llevaba.
Su proceder inhumano
merecería mi encono,
mas soy débil... y perdono.

DON JUAN

(Se levanta.)

¿De veras?

DOÑA INÉS

Ésta es mi mano.

¿Me querrá usted?

DON JUAN

Con pasión...

¿Y tú?

DOÑA INÉS

¡Con idolatría!

DON JUAN

¡Doña Inés del alma mía!

DOÑA INÉS

¡Don Juan de mi corazón!
(Dirigiéndose al público.)
Y pues esto, como ves,
acabó en dicha anhelada,
público amable y cortés,
da siquiera una palmada
a don Juan...

DON JUAN

Y a doña Inés.

TELÓN